

# Los informes PISA y la propuesta de enterrarlos en el mar.



**José María Rozada Martínez**  
Colegio Público de Villar Pando y  
Facultad de Ciencias de la Educación  
(Universidad de Oviedo)  
jmariarm@educastur.princast.es  
jmrozada@uniovi.es

El modo en que se vienen utilizando los datos que nos ofrecen los sucesivos informes PISA, adelanta lo que pasará en cuanto las maquinarias de evaluar y difundir *urbi et orbi* los resultados estén perfectamente engrasadas y funcionando a todo trapo en nuestro país. Ocurrirá exactamente esto que estamos viendo: que en torno a unos datos organizados de mayor a menor y viceversa, expuestos al público sin el mínimo marco teórico que les dé sentido, cada cual dejará una muestra de su ideología, lo mismo que en torno a un palo desnudo cada can levanta su pata y deja sus feromonas.

Media de la OCDE en matemáticas, 500 puntos. Jovencitos españoles de quince años, 485. O sea, 15 puntos por debajo. Y a partir de ahí, el griterío. Vienen unos y, mirando al dato, sentencian: la culpa la tiene la malvada LOGSE. Para otros el problema es justamente el contrario, es decir, que esta magnífica ley no se ha desarrollado suficientemente, siendo interrumpida su marcha por la LOCE. Enseguida aparecen los que, señalando al profesorado, denuncian su falta de preparación, o quizás de entrega. Comparecen también los que, apuntando a la administración, se quejan del escaso reconocimiento que se les dispensa. Las familias y el desorden en el que éstas viven y malcrían a sus vástagos son, para otros muchos, la principal causa del desaguado. No faltan quienes culpan de todo a la pérfida pedagogía, que habría venido a destruir la "cultura del esfuerzo" con sus blandenguerías. Y así, unos y otros, despotrican a diestro y siniestro dándose la razón a sí mismos mientras ponen los datos por testigo.

No estaría de más que los apresurados comentaristas leyeran algo acerca de lo mucho que se ha escrito sobre el alienado comportamiento de quien mirando a unos datos cree oírles hablar, cuando resulta que no hace sino escuchar su propia voz sin reconocerla siquiera, y, por lo tanto, sin posibilidad alguna de reparar críticamente en lo que piensa y dice. Ni el ventrílocuo más esquizofrénico llegaría a proyectar su identidad en el muñeco que maneja, con la misma facilidad que estos comentaristas trasladan su ideología a los datos, llegando a creer de sí mismos que no hablan sino que escuchan. Me permito aconsejarles que hagan un paréntesis en su alocada exégesis de los datos de los informes PISA y lean, por ejemplo, la demoledora crítica que contra el empirismo dejó escrita Carlos Larena hace ya un cuarto de siglo, cuando publicó *Escuela, ideología y clases sociales en España*. De todo lo que puede leerse entre las páginas 373 y 385 (estoy manejando la 2ª edición, de 1980), destaco un solo párrafo, con la esperanza de que una lectura del mismo contribuya a frenar un poco la ola de despropósitos que se levanta tras la publicación de los datos de cada informe, lo cual sería mera anécdota si no fuera porque forma parte de un temporal más amplio que amenaza con anegar nuestro pensamiento educativo. Larena escribió:

*"Convencido de que los problemas y las hipótesis surgen espontáneamente de la observación, convencido de que los datos son la realidad misma, convencido de que esos datos han sido, no*

*producidos por él, sino extraídos a lo largo de un proceso neutro e inocente, el empirista no puede saber que cuando a los datos se les hace, como hace él, "hablar por sí mismos", su lenguaje no puede ser otro que el lenguaje de la ideología. Con esto se cierra el círculo en el que el empirista se desenvuelve sin saberlo; su ideología, que, como tal, no puede ser pensada, y que por ello debe pasar desapercibida, construye los datos, y los datos legitiman su ideología, la cual ya deja de aparecer como tal, produciéndose la reconciliación. [...] En suma, lo peor que podemos decir de la práctica empirista, no es que sea un simple vehículo de la ideología dominante, sino que su particular sistema de reglas de juego es tal que impide reconocer, pensar, criticar, y superar esa ideología como tal ideología."*

Creo que una lectura comprensiva (en la que se dice que tan mal andamos) de este párrafo, es más que suficiente para alertarnos acerca de la grave situación en la que estamos. Lo peor que nos pasa no es que nuestros quinceañeros hayan sacado unos puntos menos que sus vecinos, sino que todo el mundo se ponga a mirar al lado contrario de donde está el principal problema, que no es otro que el triunfo absoluto de un conglomerado de vulgaridades tales como la del descenso del nivel, la búsqueda de la calidad, la inevitable competitividad, la eficiencia a toda costa, la posibilidad de dividir la formación humana en partes discretas, de medirlas y ordenar los resultados como se hace con los números, y un largo etcétera de verdades a medias que, tomadas más por lo mucho que tienen de falso que por lo poco que hay en ellas de verdadero, constituyen la ideología dominante hoy en la educación, la cual opera como sustituto bastardo del pensamiento social y político, de la filosofía y de la historia, de la antropología, la psicología y, en fin, de todo el conjunto de saberes que han contribuido a lo largo de los años a enriquecer nuestro pensamiento sobre la educación. Gracias a ellos pudimos, entre otras cosas, advertir la llegada y el peligro de los *nuevos tecnócratas* al campo educativo, los cuales hicieron su entrada ya en tiempos del ministro Solana, fueron reforzados con la "Ley Pertierra", formaron parte de la alianza entre conservadores y neoliberales que dio a luz la LOCE, y, no nos engañemos, seguirán en la cresta de la ola tras las nuevas reformas que se preparan. Nada hay contra su dominio en el documento "*Una educación de calidad para todos y entre todos*", difundido por el actual gobierno para una discusión previa a la pálida revisión que se está planteando de la LOCE. Es más, con la pretensión de poner nuevas evaluaciones "de diagnóstico" a mitad, tanto de la Educación Primaria como de la Secundaria, lo que se hará no será otra cosa que sacar nuevos datos para que, en torno a ellos, cada cual se dé periódicamente la satisfacción de vaciar a gusto su vejiga ideológica. De paso se favorece con ello la presencia de los elementos necesarios para que funcionen los mecanismos del mercado en la educación. Y funcionarán, sin duda, porque el mercado se engrasa precisamente con la ideología dominante de "el fin de las ideologías", es decir, con la creencia de que los datos desnudos expresan por sí mismos la realidad y, por lo tanto, no hay más que dejarlos hablar; lo cual significa, claro está, que mejor nos callamos los demás. No cabe imaginar triunfo mayor sobre el pensamiento crítico en la educación.

Habrá que volver a entonar o gritar frente a todos estos *neotecnócratas* (conservadores o progresistas, que de ambos hay por igual) aquel no tan viejo: "*A galopar, a galopar, hasta enterrarlos en el mar*".

**Diciembre de 2004**